

CULTURA, DESARROLLO LOCAL Y GESTIÓN CULTURAL

1. ¿QUÉ ENTENDEMOS POR CULTURA?

UNA ACLARACIÓN NECESARIA...

Para empezar, hay que reconocer que, en forma decididamente equivocada, en el imaginario colectivo, se suele homologar el concepto de cultura con el de arte, tal vez porque nos resulta más tranquilizador, más amable, más entendible. Esta percepción, no solamente es fuente de confusión, sino que reviste el peligro cierto de cercenar otros valores e infinitas otras expresiones culturales porque, si bien es cierto que el Arte, como expresión del espíritu humano es una parte muy importante de la cultura, es bueno aclarar que, definitivamente **NO ES TODA LA CULTURA**. Porque resulta que la cultura no es algo estático, es un proceso complejo que se desarrolla en el tiempo y que lleva en su misma esencia, el germen de lo subversivo....

Reconozco que esta afirmación, de entrada, puede producir desconcierto, cuando no rechazo. Por ello, trataré de despejar de inmediato cualquier malentendido, ejemplificándola de forma muy simple y esquemática. Si tuviera que graficar el concepto de desarrollo cultural de cualquier sociedad, lo haría dibujando una suerte de espiral, muy parecida a la del ADN que nos es tan familiar... ¿Por qué?...:

Toda sociedad, al construir una determinada forma de organización, lo hace basándose en ciertos valores compartidos por la mayoría de sus miembros. Pero esos valores no son inamovibles ya que, con el paso del tiempo, la misma comunidad social, en el proceso de su propio desarrollo, llega a considerarlos obsoletos y se anima poco a poco a transgredirlos, posteriormente a subvertirlos, dando origen, al mismo tiempo, a nuevos valores. Y así sucesivamente.... La Historia nos confirma que es inevitable que, en el momento en que una mayoría de las y los integrantes de una determinada sociedad inicia el proceso de subversión de los valores existentes, aún se hace difícil para la minoría restante, reconocer y asumir aquellos que comienzan a emerger, lo que genera un clima de inseguridad y temor, al constatar como lo que constituía la base de una convivencia que se creía inamovible y segura, se tambalea o está a punto de derrumbarse.

Creo que este es precisamente el escenario que se nos presenta hoy en Chile y en muchas partes del mundo, con el surgir de movimientos espontáneos, transversales, que rebasan los cauces políticos partidistas, y que plantean su rechazo a los sistemas sociales imperantes. En definitiva, un proyecto cultural parte siempre de una realidad que se quiere transformar o alterar y que, una vez transformada, genera en sí el impulso para una nueva transformación.

2. LA ACTUAL MUTACIÓN CULTURAL:

El escenario en que se inserta nuestra labor cultural

Este es el escenario que se está configurando bajo nuestra mirada y nos obliga a un ejercicio cada vez más exigente de revisión de varios conceptos-guía que parecían recién instalados con una relativa seguridad en nuestro bagaje cultural. En efecto, ya entrados en el tercer milenio, se hace cada vez más evidente el proceso acelerado de mutación cultural que estamos experimentando como especie.

El uso cada vez más masivo de las tecnologías de última generación en el campo científico y en especial en la informática, está cambiando aceleradamente nuestra forma de vida y nuestros parámetros sociales. En este caso, no se trata de meros cambios conductuales de las generaciones más jóvenes, sino que y sobre todo, de una mutación substancial de los sistemas de comunicación que empleamos para relacionarnos con nuestros semejantes y con la naturaleza. Es un proceso que implica cambios decisivos en la propia estructura social y que plantea desafíos impensados a nuestra capacidad de adaptación o de resistencia activa a las propuestas que emanan de esta nueva cultura que ya convive con nosotros.

La masificación del uso de Internet, desde los ámbitos más impensados, ha producido verdaderas migraciones virtuales de gran cantidad de sujetos, ciudadanos de diferentes países, que se reúnen alrededor de intereses específicos, creando comunidades abiertas que traspasan los límites geopolíticos de sus propias naciones de origen. Asistimos al nacimiento de otro tipo de ciudadanía mucho más compleja que ya no se relaciona con el territorio y la sangre, sino que se estructura sobre el conocimiento compartido en ámbitos comunes, a través de una verdadera red que se sobrepone a las otras instancias de comunicación y que permite una simultaneidad entre emisión y recepción de mensajes a distancia nunca experimentada hasta hoy.

Se ha creado un territorio virtual que es muy real, cuyo tamaño e importancia cambia constantemente, según el interés de aquellos que lo “habitan” y que le dan vida con su uso. Esta nueva modalidad de acceso al conocimiento, permite que cada usuario pueda transformarse en su propio maestro y estructure a su voluntad el proceso cultural que más conviene a sus intereses, eligiendo, además, a aquellos sujetos que desea lo acompañen en su trayecto. Con este fenómeno, cambia el eje tradicional del poder y se traslada al uso de una estructura aparentemente anárquica en la cual el sujeto comunicador se reúne con pares elegidos libremente y sin restricción alguna que tenga que ver con los consabidos “deberes sociales” que han regido hasta hoy nuestra convivencia, física y espiritual, en comunidades organizadas alrededor de los valores tradicionales del territorio y la sangre, que están en la base de toda nación moderna.

El desarrollo cultural, tanto individual como social, es lo que dignifica y da significado a la búsqueda de mayores espacios de libertad, de conocimiento y de creatividad. Proyectados como estamos hacia nuevos y cada vez más complejos procesos de la civilización, que ya tiene carácter de planetaria, es necesario no quedarse solamente en la conservación y el cuidado de un conjunto de valores culturales heredados del pasado, sino también actualizar otros y crear nuevos significados, contenidos y sensibilidades que potencien nuestras relaciones y den sentido, armonía y, por qué no, también belleza a un nuevo tipo de convivencia. En este comienzo del tercer milenio, se está gestando un ciclo cultural, que nos invita a descubrir nuevos horizontes y, al mismo tiempo, a redefinirnos como personas y como sociedad. Vivimos un período de la historia humana que, como pocas veces en el pasado, se nos presenta lleno de posibilidades, riesgos e incertidumbres.

Sea cual sea la evolución de los acontecimientos presentes o del futuro cercano, es indudable que el aspecto cultural emerge y se instala como uno de los factores más determinantes del desarrollo, al mismo nivel de los económicos, los políticos y los sociales, con una significación y dinámica muy propias de los momentos de los grandes cambios de las civilizaciones, tal como sucedió con el Renacimiento en Europa o en el comienzo de la modernidad.

Entre los complejos desafíos que hoy enfrentamos en este escenario, en lo que se refiere a nuestros particulares modos de vida y a nuestra propia visión de mundo, tal vez el más importante y que demanda urgente solución, es el de saber en qué lugar situar la cultura a la hora de revisar la larga lista de las necesidades de las y los ciudadanos, que hay que satisfacer para poder acceder, como país y como comunidad nacional, a un pleno desarrollo sostenible en el tiempo.

Una opinión cada vez más generalizada, afirma que nuestras sociedades, inmersas en el proceso actual de globalización que afecta a todos los países del orbe, necesitan, más que nunca, instalar la cultura como referente y base indispensable de la viabilidad de sus propios proyectos de desarrollo en el largo plazo, cuyo concepto no se agota dentro de los límites de las políticas de crecimiento económico, sino que se expande a las relaciones de creatividad, de afecto, de compromiso y solidaridad que dignifican nuestra existencia como seres humanos.

Sin embargo, en la actualidad, el concepto de desarrollo y progreso, asociado a la idea de modernización, ha sido acorralado y distorsionado por un economicismo avasallador y, la mayoría de las veces, sin “alma”. Resultado inmediato de ello es que el mundo de las cosas sustituye al de las pasiones y de la creatividad y que el fin último de un proyecto de nación pareciera agotarse en el mero aumento de los volúmenes y el valor de sus exportaciones. Cuando las lógicas mercantiles se imponen en las prácticas económicas imperantes, como ocurre hoy, la cultura es primero arrinconada y luego reconvertida en mercancía, barata o cara, negociable como un producto igual a cualquier otro, al ser entendida como un conjunto de artículos efímeros y desechables, sujetos a la ley del marketing y al requerimiento consumístico del momento, manejado e impulsado por la gran mayoría de los medios de comunicación masiva.

Por otra parte, es indiscutible que nuestras sociedades se han complejizado en sus estructuras a tal punto, que el éxito, la posición económica y la seguridad material, son séudo-valores que se han ido instalando profundamente en la conciencia colectiva y nos presionan a adherir a sus propuestas para que nuestra existencia tenga sentido ante los demás y ante nosotros mismos. Frente a ellos, la concepción de cultura a la que hago referencia, antepone la ética, la equidad, la solidaridad, la justicia y también la belleza.

Creo firmemente que la cultura sólo adquiere su verdadera dimensión y sentido en aquellos países donde es asumida como el espacio natural de la libertad, en el cual tienen cabida y se desarrollan, la imaginación, la creatividad y la participación de todos y cada uno de los ciudadanos.

Ya han pasado varios años desde que la Comisión Cultura y Desarrollo de Naciones Unidas, en su informe “Nuestra diversidad creativa”, nos recalca que “...el fin es el desarrollo humano; el crecimiento económico es sólo un medio...”. Pareciera ser que hemos tomado muy poco en serio esa aseveración, a juzgar por la excesiva importancia que se suelen otorgar en todo tipo de encuestas a nuestros índices macroeconómicos en desmedro de una conciencia social de lo que aún nos falta por recorrer para que dentro del concepto de “calidad de vida” estén insertos como fundamentales los parámetros adecuados para medir esta realidad, basados en el grado de satisfacción de las necesidades espirituales y de realización personal, más que en aquellos indicadores que pueden ser muy efectivos en política o en economía.

Es el desarrollo cultural, tanto individual como social, lo que dignifica y da significado a la búsqueda de mayores espacios de libertad, de conocimiento y de creatividad.

Proyectados como estamos hacia nuevos y cada vez más complejos procesos de una civilización, que ya tiene carácter de planetaria, es necesario no solamente conservar y cuidar un conjunto de valores culturales, sino también actualizar otros y crear nuevos significados, contenidos y sensibilidades que potencien nuestras relaciones y den sentido, armonía y, por qué no, también belleza a un nuevo tipo de convivencia.

De manera casi imperceptible para las mayorías, capturadas por el consumo, e impulsado por los valores emergentes a los que hacía referencia al comienzo de esta intervención, se está gestando un ciclo cultural, que nos invita a descubrir nuevos horizontes y, al mismo tiempo, a redefinirnos como personas y como sociedad en un período de la historia humana que, como pocas veces en el pasado, se nos presenta lleno de posibilidades, riesgos e incertidumbres.

El desarrollo cultural de un país es un proceso colectivo, fruto de la participación activa de todas y todos los que ostentan el título de ciudadanas y ciudadanos, para aportar su cuota de creatividad a la construcción de una identidad social que sólo es posible de lograr con decisión y perseverancia en el tiempo.

3. CRECIMIENTO, DESARROLLO,

“DESARROLLO HUMANO” Y “DESARROLLO LOCAL”

El segundo concepto que compone la estructura de estas reflexiones es el de “desarrollo local. Para adentrarnos en él me voy a permitir separar por un momento el sustantivo de sus posibles adjetivos para poder analizar mejor sus propios significados.

Comencemos con el concepto de “desarrollo”:

Demasiadas veces hemos usado y seguimos usando este concepto de manera equivocada, homologándolo al de “crecimiento”, que, decididamente se refiere de manera exclusiva al ámbito económico. Es por ello que, a este punto, quisiera detenerme un poco para hacer una breve reflexión acerca de lo que entiendo por desarrollo, acercándome a su raíz semántica para que la idea se comprenda mejor.

La palabra “desarrollo” lleva implícita la idea de desenrollar, extender y desplegar algo que está cerrado y que, a raíz de esa acción, muestra lo que en un principio tenía oculto y desconocido, revelándose en su real dimensión y significado. La idea del “desarrollo humano” apunta a algo similar, ya que todo lo que está potencialmente implícito en un determinado sujeto social sólo se manifiesta a través del libre despliegue de sus capacidades, en una situación de armónica relación con sus semejantes, para construir el futuro común.

Me refiero a un concepto de desarrollo que no se agota en el exclusivo crecimiento económico, sino que se expande a las relaciones de creatividad, de afecto, de compromiso y de ternura que dignifican nuestra existencia y que están en la base del armónico desarrollo de cualquier sociedad. Esta percepción adquiere cada vez más fuerza. El hombre se desarrolla en la medida que puede evidenciar sus potencialidades en la acción concreta. Estas no deben quedar solamente en estado de proyecto, encerradas en su interior. Es necesario poder mostrarlas, exponerlas a los demás, usarlas aportando una particular visión de lo que somos y queremos tanto al nivel personal como social.

Esto sólo se logra si la sociedad es capaz de promover y proteger ese proceso de crecimiento personal en todos sus miembros.

En la medida que ello ocurra, se garantiza la convivencia armónica entre las personas, ya que el desarrollo verdadero es el que produce cada vez más sujetos capaces de dialogar a través de sus propias diferencias.

Cada tanto tiempo en los medios de comunicación, en seminarios o foros culturales sale a la mesa el tema del fomento y la ampliación del acceso a la cultura de una cantidad muy importante de ciudadanos... Allí, de manera reiterada se plantean soluciones de tipo económico para lograr lo más rápidamente posible ese objetivo, como por ejemplo la eliminación del IVA a los libros o la gratuidad para la asistencia masiva a los espectáculos o para el ingreso a los museos... Todo eso me parece muy bien... Lo que me parece muy mal es que al hablar de ese acceso nos referimos a esos "marginados" exclusivamente como CONSUMIDORES CULTURALES, y no decimos casi nada respecto del derecho que le asiste a cada una y a cada uno de ellos, como ciudadanos y ciudadanas culturales, de convertirse en PRODUCTORES DE SU PROPIA CULTURA.

A ese respecto me parece pertinente remitirme a un neologismo, creado por Alvin Töffler, lúcido escritor norteamericano que, al abordar en sus libros el tema de la cultura, define a todos los seres humanos como PROSUMIDORES, es decir, como productores y consumidores de cultura al mismo tiempo. Añade entonces que la dependencia cultural de un país deriva del simple hecho de que sus ciudadanos PRODUCEN MENOS CULTURA de la que consumen, y que la alienación cultural sobreviene cuando al interior de la sociedad SE PRODUCE CULTURA DE INFERIOR CALIDAD de la que se consume.

4. GLOBALIZACIÓN, IDENTIDAD LOCAL Y DIVERSIDAD

Desde muchas instancias, cada tanto tiempo, se levantan voces de alerta y de temor por la fuerza y la rapidez con que el fenómeno de la globalización ha irrumpido en el entramado de las ancestrales y nuevas mezclas que se agitan en nuestra cotidianeidad, tensionando y apurando el ritmo de su mixtura.. Pero, si lográramos detenernos por un momento, descubriríamos que esa posibilidad de acoger constantemente los influjos de múltiples diversidades, nos haría especialmente aptos para absorber el impacto globalizador y revertirlo a nuestro favor. Visualizo la globalización como un fenómeno multidireccional, como una red tejida desde muchos lugares y por muchas culturas, en la que podemos introducirnos a través de los intersticios de su entramado y aportar nuestro esfuerzo para dotarla de un alma.

Sí, el desafío mayor es el de construir, hoy, entre todos, el alma de la globalización, aprovechando su propia fuerza expansiva. Una de sus mejores armas, la posibilidad, inédita hasta ahora, del inmediato flujo dialogante de información y de conocimientos de todo tipo, nos otorga una herramienta poderosa e inmejorable para acelerar el logro de esta aparente utopía. Es necesario abrirnos con renovada confianza a la interacción con lo diverso, en un diálogo que es fuente de entendimiento y cooperación. Para lograrlo, deberemos estar muy atentos a la constante aparición de nuevos valores emergentes, producidos por la irrupción en la sociedad de esos diferentes modos de vida y visiones de mundo, especialmente en las nuevas generaciones.

En ellos, cada vez más, se va notando el proceso planteado al inicio de esta reflexión: lo propio se va fundiendo con lo ajeno y esa síntesis sincrética da origen a nuevos valores que transgreden los ya instalados en las sociedades a las cuales pertenecen y que, en no pocos casos, llegan a la subversión de los anteriores.

Este fenómeno nos urge a plantearnos una más certera elaboración de políticas y proyectos culturales locales, dirigidos de manera específica a los jóvenes que ya han internalizado, en su propia cotidianeidad, en sus conductas sociales, contenidos y formas que son el resultado directo del cambio que produce el impacto de la globalización que tiñe de manera sustantiva no sólo nuestro modo de vida actual, sino que nos propone nuevas relaciones con nuestra propia tradición y patrimonio cultural.

Frente a la globalización, no cabe una defensa pasiva de los valores de nuestro pasado, hay que pasar a una fase más activa en el uso y cuidado de nuestros patrimonios culturales, incluyendo en ellos el aporte sustantivo de las obras de las nuevas generaciones. Pero... ¿Qué conservar? ¿Qué desechar? ¿Con qué criterio debemos enfrentar este dilema? En la conservación de unos determinados bienes heredados, siempre está implícito un juicio de valor muy subjetivo que, reconozcámoslo, no siempre es certero. Conservar con respeto el pasado, dada la endémica escasez de recursos para la Cultura, significa asumir la imperiosa necesidad de seleccionar y priorizar, con el consiguiente riesgo de equivocarnos. Por otra parte, nos sucede lo mismo al momento de acoger e impulsar lo nuevo.

Hoy la dimensión cultural del desarrollo se instala como eje del debate acerca del cambio que impregna este comienzo de milenio y nos propone el desafío de re-pensar nuestra relación con el patrimonio cultural, en la cotidianeidad de nuestras propias historias individuales y colectivas...

...Es aquí, al final de mi relato, donde cierra nuestro cuento una pareja de nuevos personajes...

5. LA GESTORA, EL GESTOR Y LA GESTION CULTURAL

El mundo de la cultura necesita hoy como nunca instrumentos idóneos que ayuden a adentrarse en el complejo laberinto de la reflexión y acción en su ámbito, con el máximo posible de parámetros objetivos que permitan organizar las diferentes etapas de la concreción de los proyectos y prever las dificultades o los imprevistos que, inevitablemente, jalonan el camino de la acción cultural no sólo en nuestro país, sino en cualquier parte del mundo. Conviene sí destacar que, durante larguísima períodos del quehacer cultural de la especie humana, los creadores asumieron en su acción los más diversos roles y cuidaron paso a paso todas las etapas que llevaron a la concreción de sus obras y que esto de la “gestión cultural” es un fenómeno surgido muy recientemente debido a la extraordinaria complejización y organización del trabajo en todos los campos, que incluye por supuesto el de la cultura.

. Pareciera ser que es por ello que, hoy por hoy, esta especialización se refiere casi exclusivamente al ámbito de la creación artística y se concentra en él con especial énfasis. Por otro lado, hay que reconocer que, dado el carácter dialogante del arte con la comunidad, la explosiva importancia de los medios de comunicación obliga a los creadores a sostener una estrecha y específica interrelación con ellos con la consiguiente carga adicional en su trabajo específico, para mantener y si es posible aumentar la necesaria caja de resonancia de sus obras en la sociedad.

Pero, como artista, me interesa aclarar que siempre he considerado como parte muy importante de mi actividad el ser capaz de organizar mi trabajo tomando en cuenta no solamente los factores que están presentes “al interior” de mi quehacer específico,

sea en pintura, teatro o cine, sino que el prever también los “otros” que aparecen al momento de distribuir y difundir lo realizado, y enfrentar con éxito los posibles obstáculos o los imprevistos que siempre se manifiestan en cualquier empresa. Estoy seguro de que muchos colegas que han llegado a realizaciones de excelencia en su campo, han seguido la misma línea de acción.

Ahora bien, esto no significa en absoluto desconocer ni menos cuestionar la importancia de la especialización en el campo de la producción, distribución y difusión cultural, sino que apuntar a la conveniencia y necesidad de una interacción constante muy fluida y armónica entre el creador y el gestor para lograr los mejores resultados. En efecto, la realidad cotidiana nos sorprende a la vuelta de cada esquina y exige de nosotros una constante y creativa adecuación, libre de prejuicios y de dogmas establecidos para poder dar respuestas idóneas a los problemas que nos plantea la construcción de una convivencia más humana. En definitiva, al igual que ocurre con cualquier “instrumento” que usamos los seres humanos para nuestro propio desarrollo personal y social, la eficacia y el valor positivo o negativo de la “gestión cultural”, dependerá de quién lo use, cómo lo use y para qué lo use.

6. CONSIDERACIONES FINALES

A este punto creo de utilidad, darles a conocer a continuación algunas apreciaciones y definiciones muy personales acerca de lo que NO DEBE ser, y de lo que DEBERÍA SER un gestor cultural.

- Un gestor cultural
No es un gerente o un “experto” de agencia de publicidad.
- Es un impulsor y facilitador del flujo del proceso cultural local en diálogo constante con la comunidad
- No es un “jefe”, no impone su criterio,
- Es un convocante a la participación activa de los y las integrantes de la comunidad.
- No dirige,
- Es un coordinador, un articulador,
- No es un productor de eventos culturales aislados...
- Es un impulsor de procesos culturales,
- Es respetuoso y alienta las diferencias de puntos de vista
- Es capaz de acompañar el equipo humano a su cargo en el proceso de construcción que va desde la idea al proyecto
- Es capaz de formar equipos de colaboradores responsables, perdurables en el tiempo
- Es un tejedor de “redes” culturales entre diferentes comunidades.
- Oficia de puente entre diferentes instancias transversales de colaboración,

- Se sumerge en el estudio y la comprensión de las expresiones de la cultura local, para de allí ponerlas en contacto y no en antagonismo con lo Global y proponer una síntesis “glocal”
- Se expresa con sencillez; diferencia claramente lo complejo de lo complicado al momento de comunicarse con los demás.

Al terminar, es bueno recalcar que es un deber ineludible de todo ser humano cooperar al establecimiento de condiciones sociales que permitan el aporte de todos. No es en absoluto negativo que exista en la comunidad un amplio abanico de puntos de vista diferentes acerca de cómo insertarse en el proceso; por el contrario, pienso que es deseable y necesario para alcanzar el máximo despliegue de todas las potencialidades latentes en la comunidad. Es un deber del sistema social garantizar su libre flujo. La reflexión sin la posibilidad de influir en el desarrollo es frustrante. El desarrollo irreflexivo y exclusivamente circunscrito al presente material, redundará muchas veces en un trastoque de los valores fundamentales que sustentan la cohesión de cualquier comunidad social.

Ahora bien, este proceso de reflexión, acción y crecimiento debe estar fundamentado simultáneamente tanto en una mirada al pasado como al presente, ya que sólo en la medida que sepamos asumir y entender el pasado, podremos formular para el futuro alternativas más humanizadoras en la reconstrucción de nuestras relaciones de convivencia. Somos lo que somos por nuestro pasado. Pero no podemos desarrollarnos sin una mirada hacia el porvenir.

Creo que la construcción de nuestro desarrollo pleno, como sociedad y como personas, debe considerar pasado, presente y futuro sin separarlos artificialmente.

De hecho, lo que hoy día es presente, mañana será pasado y el futuro en algún momento va a ser presente y pasado, constantemente. Podremos prever mejor los resultados de nuestra acción transformadora, en la medida que concebimos el mañana como un ayer.

Hoy más que nunca vivimos una época de desafíos a la imaginación y a la creatividad. El mayor de ellos es el de lograr construir otros espacios en los cuales podamos gestar los valores del mañana. Debemos inventar nuevos caminos de cooperación para nuestro desarrollo cultural, aplicando de otra manera los continuos descubrimientos y avances científicos y éticos. Si estamos dispuestos a seguir en la construcción de nuestro propio proceso cultural, deberemos forzosamente dejar los seguros límites de las cosas ya sabidas y abrirnos paso, a tientas, hacia la gran incógnita de lo desconocido y de lo no pensado...

Hoy, los jóvenes y los no tanto, todos estamos convidados a esta aventura de construir un mundo nuevo y más humano.

Claudio di Girolamo

Los Andes, 22 de agosto de 2015